

Yocasta Una Tragedia

(de Mariana Percovich)

-I- Primera Muerte

El alfiler en alto
la piedra azul brillando sobre los ojos
en las últimas horas de su último sol
mira los destellos que hieren sus ojos grises.
Los mismos ojos de su padre.

Desde la altura la mujer pende de su cinta de oro
la diadema de su cabeza
ladeada
la boca abierta
en un grito mudo
los ojos sin vida, iguales a los de su hijo,
lo ven con el alfiler en la mano.
La piedra vuelve a brillar.

El hombre toma entre sus dos manos la punta
de ese enorme alfiler
que supo proteger el seno generoso
de la esposa y de la madre.
Mira la punta filosa
la punta
y entierra en su pupila
hasta el fondo
la larga y afilada joya.
Primero un ojo
después el otro.
El viento hace mecer el cuerpo que pende
la túnica resbala.
La última vez que ese ojo todavía vivo
verá la piel amada
el seno descubierto e inerte
de la mujer que pende.
Herido de dolor y terror
entierra la punta filosa otra vez.

Siente la sangre salada y ardiente en su rostro.
Lágrimas metálicas
Sorbe la sangre, estira las manos
y sale del palacio.

-II- El nombre de Yocasta

Yo soy Yocasta.
La mujer repudiada por Layo
una y otra vez.
La mujer amada por Edipo
una y otra vez.
La Reina de Tebas.
La virgen de los Misterios
con la espalda quebrada.
La mujer temida por todos los hombres
por los siglos de los siglos.
Repudiada y deseada por todas las generaciones
de hombres mortales.
Acariciada y besada por sus hijos.
Todos sus hijos.
Yocasta.
El nombre de la madre.

-III- El Parto

El vientre de Yocasta crece
crece cuatro veces
y su hombre descansa a su lado.
Acaricia el vientre redondeado
la piel tirante.
Los senos grandes de los que ya asoman gotas de leche.
El hombre sorbe esa leche
y ama a Yocasta
con cuidado
cuidando ese vientre amado
que él fecundó
en las horas tardías de una pasión nueva.
La Reina de Tebas
grita en los dolores del parto.
Y su hombre orgulloso
recibe uno a uno a sus herederos.
Sus hijos
sangre de su sangre.
Los que llevarán su nombre
y lo cubrirán de gloria en los tiempos venideros.
Vuelve a amar a Yocasta

que lo recibe una vez más.
Fecunda y nutricia.
Yocasta.
El nombre de la esposa.

La primera vez no pudo retener al niño más que unos segundos.
En la habitación contigua de ese mismo palacio
otro Rey gritaba un nombre.
"¡Crisipo!"

Y ella gritaba también.
Los gritos de ambos se mezclaban.
Gritos de amor desesperado.
Amor y rechazo.
Amor y temor en las pupilas dilatadas de esposo y esposa
separados por las puertas cerradas de la alcoba.
Era ese su primer hombre
el que la arrebató de su virginal servicio a Hestia.
El del primer himeneo.
La diosa Hestia dijo a Yocasta:

"A todos los dioses
les está vedado llorar por un mortal".

IV- Hestia

Las bodas primeras fueron breves.
Hestia, virginal protectora de los hogares.
Hija de dos hermanos Kronos y Rethia.
Hermana de Demeter, Hera, Hades Y Poseidón.
Devorada y vomitada entera por su padre.
Salvada por su hermano Zeus. Dios del rayo y el trueno.
Kronos, condenado a ser destronado por su hijo.
Kronos devorando a sus hijos
vomitándolos enteros.
Kronos, destinado a sucumbir por los golpes de su propio hijo.
A Hestia, Yocasta consagra culto.
Las voces de las sacerdotisas de Hestia
repiten sus cantos:

"Todo hombre
que busque placer de las mujeres
sin preocuparse de la procreación
es igualmente peligroso
y se expone a la misma reprobación
de quien ama a los efebos".

-V- Yocasta la virgen.

La joven Yocasta escucha sin entender.
La espalda recibiendo los azotes en las cuevas de los misterios
su piel joven que sangra mientras le acarician la cabeza.

“Abstenerse de toda relación con los machos.
Abstenerse de sembrar todo surco femenino
en el que no se quiera ver germinar la simiente”.

“Crisipo” susurra Layo entre los embates del goce
sujetando la nuca de su joven esposa
penetrándola por detrás
como un animal.
Ella grita de dolor.
Breve e infértil su primer himeneo.
Nunca Layo miró sus ojos.
Nunca.
“Crisipo” grita y vuelve a penetrarla violentamente.

¿Por qué no soy amada por mi esposo?
¿Por qué no hay placer en el himeneo?
¿Por qué ese nombre que grita Layo una y otra vez?
Crisipo, el joven hijo del Rey Pélope -le dicen-.
Pero ella no entiende.
Sabe que Hestia le exige cumplir con su papel de
engendradora
pero su himeneo no es fértil.
Layo le teme.
Layo sabe lo que los dioses han dispuesto.
Layo.

-VI- Concepción de Edipo

Yocasta crece
aprende de las otras mujeres.
Prepara el vino, con hierbas y narcóticos
recogidos en noche de luna plena.
Espera al Rey Layo, con la túnica ceñida,
la diadema y el broche con la piedra azul
regalo de sus bodas primeras.
Layo arranca el afilado broche y mira los senos
todavía jóvenes de Yocasta.
La toma por el cabello tirando la diadema
y antes de que éste la coloque de espaldas
ella le acerca la copa.
Layo bebe.

Layo cae en éxtasis.
Ella abre sus piernas, mira a los ojos de Layo que miran otros ojos y otra frente y otra piel.
Layo la acaricia como nunca antes.
Ella abre sus piernas y lo recibe por primera vez.
Siente su simiente que la llena
y grita un grito nuevo por primera vez,
mientras Layo dormido respira sobre su vientre.
Ella murmura el nombre elegido para su hijo.

Los gritos de esposo y esposa se mezclan en el aire cargado de la alcoba.
Yocasta piensa en ese hijo que pugna por salir de ella
y teme.

Layo piensa en Pélope y sus maldiciones
Kronos derrocado por su propio hijo.
Los dientes que arrancan el sexo de Urano.
Prepara todo para recibir a su primer hijo.
La daga, la sogá, el clavo para los tobillos.
Escucha sus primeros vagidos.
Lo ve aparecer lleno de sangre.
La sangre de Layo -piensa-.
El niño que se acostará con su madre -piensa-.
Mientras Yocasta espera feliz que le traigan a su hijo
uncido de aceites.
Su hijo, su esperado y amado hijo.
Nunca más lo volverá a ver -piensa Layo-.
El silencio toma el palacio de Yocasta.
No escucha más llanto que el propio.
Mientras sus pechos rebosantes de leche se desbordan
inútilmente.
¿Para quién ésta leche inútil?
¿Para quién Diosa protectora de los partos?
Las manos manchadas de sangre de Layo.
El hombre que nunca más volverá a mi lecho.
Cerrado a cal y canto
para siempre
por siempre.

-VII-Cuento

Un cruce de tres caminos.
El carro avanza orgulloso, la mano firme en las riendas.
El joven hijo de Corinto va en busca de sus orígenes
va en busca de los oráculos píticos.
Un viejo se acerca con los caballos encabritados.
Uno y otro se detienen.
Al joven no le gusta la mirada del viejo.
El viejo lo mira con arrogancia y curiosidad
admira su belleza de semental joven

una belleza que lo conmueve
mientras la cabeza coronada de rizos del joven se agita
pidiendo el paso.
El viejo se queda hipnotizado por la belleza del joven.
El joven dice algo, pero el hechizo es muy fuerte
el hechizo de esos ojos grises que le recuerdan otros ojos.
El joven de Corinto arremete contra los caballos del viejo.

El viejo cae del carro y ve el sol por última vez
antes que sus caballos le aplasten la cabeza.

-VIII- La Peste

Soporto dolores sin pausa.
Todo mi pueblo está enfermo
y no existe el arma de la reflexión con la que uno pueda defenderse.
Ni crecen los frutos de la noble tierra.
Ni las mujeres tienen que soportar quejumbrosos esfuerzos del parto.
Y uno tras otro, cual rápido pájaro,
puedes ver que se precipitan, con más fuerza que el fuego irresistible
hacia las costas del dios de las sombras.
Esposas y canosas madres gimen por doquier
en las gradas de los templos,
en actitud de suplicantes, a causa de sus tristes desgracias.
Resuena el peán y se oye al mismo tiempo,
un sonido de lamentos.
En auxilio de éstos males, ¡oh áurea hermana de Zeus! ,
envía tu ayuda de agraciado rostro.

La Reina de Tebas en actitud de suplicante
pide por su pueblo
y por ella misma.
Muerto Layo, ve como su piel se consume
su seno está seco
su sangre se debilita.
La peste lo asola todo.

Su lecho está vacío.

Su hermano Creonte la llama a palacio.

“Ha llegado el héroe coronado,
quien ha derrotado a la Esfinge
es tu deber de reina viuda
recibirlo en tu lecho y devolver a Tebas
la paz y la vida”.

Yocasta mira al joven Edipo.
Ya no es la tímida doncella de los Misterios.

Yocasta mira de frente al joven héroe.
Sus músculos torneados, su piel y su pelo.
Los ojos del nuevo rey la miran.
Ella descubre en esos ojos un brillo nuevo.
El deseo la recorre entera.

Este es mi nuevo Rey.
El nuevo compañero para mi lecho.
Ya no soy la misma.
Mi piel no tiene la tersura de mi primer himeneo.

Pero Edipo la mira extasiado.
Mira el bello alfiler de piedra azulada en su seno.
En la noche de bodas, delicadamente,
desprende su túnica y
besa la piedra azulada.
Separa los pliegues de la tela nívea
y acaricia con sus dedos
el seno turgente de Yocasta.
Un estremecimiento la recorre
Edipo la mira a los ojos
la desnuda, como si fuera la primera vez
huele sus pechos fragantes de perfumes
y se abrazan.

No hubo hijo más deseado que aquel que Layo
abandonó a su suerte en los bosques.
Abandonado a las fieras
lo olvidé.
Yo la Reina de Tebas
ahora desposada con el más viril de los héroes
descubro el placer del deseo
en un cuerpo más joven que el mío.
Veo a nuestros hijos tirarle de sus cabellos
sus rizos preciosos
mientras él acaricia mi vientre hinchado por quinta vez.
Todos mis hijos a mi alrededor
ninguno más amado que el otro.
Edipo se deleita en mi cuerpo
que renació.
Bebe de mi leche con placer
mi leche que le llena la boca, mientras me ama
cuidando este vientre que le pertenece.
Nunca una mujer tuvo una felicidad
así.
Yocasta está completa.

-IX- Bajo siete llaves

“La mejor de las mujeres es de la que menos se habla
-tanto para mal, como para bien- entre la gente de afuera”.

Pero todos hablan de mí.
Todos los hombres temen a la Reina Yocasta.
Los ancianos de Tebas murmuran cerca de palacio.
La plaga. Otra vez la plaga.
Creonte, mi hermano, quien me entregó
al joven liberador de la ciudad
odia mi ánimo exaltado.

“El destino de las esposas,
está marcado por la procreación
de una descendencia legítima”
me grita airado por el placer que ha tomado mi lecho.
Las mujeres de Tebas me temen.
Yo Yocasta
la maldita
cien y mil veces
la amante
la novia
la madre.
Odiada y temida por un esposo que no me amó
amada por un nuevo esposo
que me enseña el placer de las
caricias verdaderas.

“El cuerpo, como la reputación de la mujer
debe quedar guardado bajo siete llaves
sin salir jamás”.
Dice el coro de las mujeres de Tebas.
Mientras mi amado esposo
se deleita en mi carne
planta su simiente en el único surco en el que ésta crece.
Como debe ser.

Mis manos tejen la tela de una nueva túnica.
Mientras afuera la ciudad agoniza.
No hay gineceo que proteja ya a la Reina Yocasta.
Afuera, en la ciudad cuñado y soberano disputan sin cesar.
Los celos acometen el corazón de Creonte
que busca la perdición de Edipo.
No basta con ser poderoso
no bastan las riquezas actuales.
Creonte quiere reinar sobre mí y sobre mi estirpe.
El viejo adivino vaticina males sobre mi casta.
El coro de ancianos repite sus palabras.
Pero Edipo logrará vencerlos.

Ya maldijo al asesino de Layo.
Ya persigue al culpable de los males presentes de Tebas.
Tiresias el ciego dijo:

"Aunque tú tienes vista, no ves
en qué grado de desgracias te encuentras,
ni dónde habitas,
ni con quiénes transcurre tu vida".

¿Por qué no ha de saberlo?
¿Otra vez seré repudiada como esposa,
cómo madre?
¿Por qué Hestia te has vuelto contra mí?
¿Acaso no he cumplido con el mandato de la Diosa
No he progeniado una estirpe legítima y noble
No me he entregado a mi esposo
como la Ley dispuso?
No he cuidado a nuestros hijos
No he celebrado una y otra vez
por la alegría de nuestro hogar y nuestro palacio.
En qué me equivoqué esta vez

"Inafusto matrimonio" dijo Tiresias.
¿Acaso la ciudad prefiere a Layo por sobre Edipo?
¿No ha dado suficientes muestras de amor por su
nueva patria, abandonando a sus padres y quedándose entre nosotros?
¿Por qué se lamentan las mujeres a mi paso

Qué ven ellas que yo no veo
en los ojos amados de mi esposo?

En un bosque perdí a mi primer hijo.
En un cruce de caminos a mi primer esposo.

-X- Edipo y Yocasta

Por qué señalas tus pies
por qué me miras así
cómo si no me conocieras
Por qué la multitud gime
"Ay de ti, Madre y esposa de una estirpe maldita".
Edipo calla.
"En un cruce de caminos fue muerto Layo".
Sí, en un cruce de caminos
el causante de mis penas.

"¡Ah noble Edipo a quién le bastó

el mismo espacioso puerto para arrojarse
como hijo, padre y esposo!"
¿Qué son esas palabras nuevas en tu boca?
Me confundes
cómo puedes ser a un tiempo hijo, padre y esposo.

"Te sorprendió, a despecho tuyo,
el tiempo que todo lo ve y condena
una antigua boda
que no es boda
en donde se engendra y se resulta engendrado".

Esos pies marcados, ¿por qué los señalas otra vez?
Hijo, padre y esposo, repite extraviado.
Rechazas mis caricias.

"Yo tomé aliento gracias a ti
y pude adormecer mis ojos.
Tu vientre está maldito.
Una vez me entregaste a la muerte
ahora me condenas a la oscuridad.
Yo soy el hijo de los pies torcidos"

"De tus pechos bebí
de tus pechos se alimentaron nuestros hijos
mis hermanos.
Madre y esposa.
Salí y entré por el surco que regué con mi simiente".

"Te amé y te amo
con reverencia de hijo, padre y esposo
y ahora debo mostrar tu cadáver
al pueblo.
Tú no mereces vivir.
Tú no puedes vivir.
Yo no puedo mirarte más".

Edipo toma entre sus manos el broche
desnuda mi pecho
y lo acaricia por última vez.
Yo cuelgo ya inerte ante él.
Mi muerte a él debida
queda escondida tras las puertas de palacio.

Final -XI-

"La Reina Yocasta se quita la vida
frente al horror de las revelaciones".
Grita la chusma.

Pero quién sabe lo que pasó dentro del Palacio.
Solo yo y él
mi amado esposo
a quien engendré de un padre terrible.
Muerta sí
pero ante ustedes
para que me escupan y maldigan.
"La mejor de las mujeres es de la que menos se habla
-tanto para mal, como para bien- entre la gente de afuera".
Si embargo todos hablarán de mí
y me temerán.
Mi fantasma no los abandonará jamás.
Yo Yocasta
la mujer
la madre
la amante
la esposa
por los siglos de los siglos.

Cuelgo de mis cintas
sobre las cunas de los niños
sobre los lechos de los amantes furtivos
sobre la mirada amorosa del padre a la hija
sobre cada niño que exprime el seno de su madre.
Mis hijos reinarán sobre las futuras generaciones.
Mis obras hablarán por mí.
Yo fui amada
como nadie lo ha sido
y repudiada
como nadie lo ha sido
y no tengo boca
para repetir mi historia.
Soy la peor de las mujeres
la que está en todas las pesadillas
reina de un mundo terrible
para la conciencia de los venideros.

Montevideo
Enero-agosto 2002
Mariana Percovich
Obra registrada en AGADU, sujeta a derechos de autor.
mariana.percovich@gmail.com